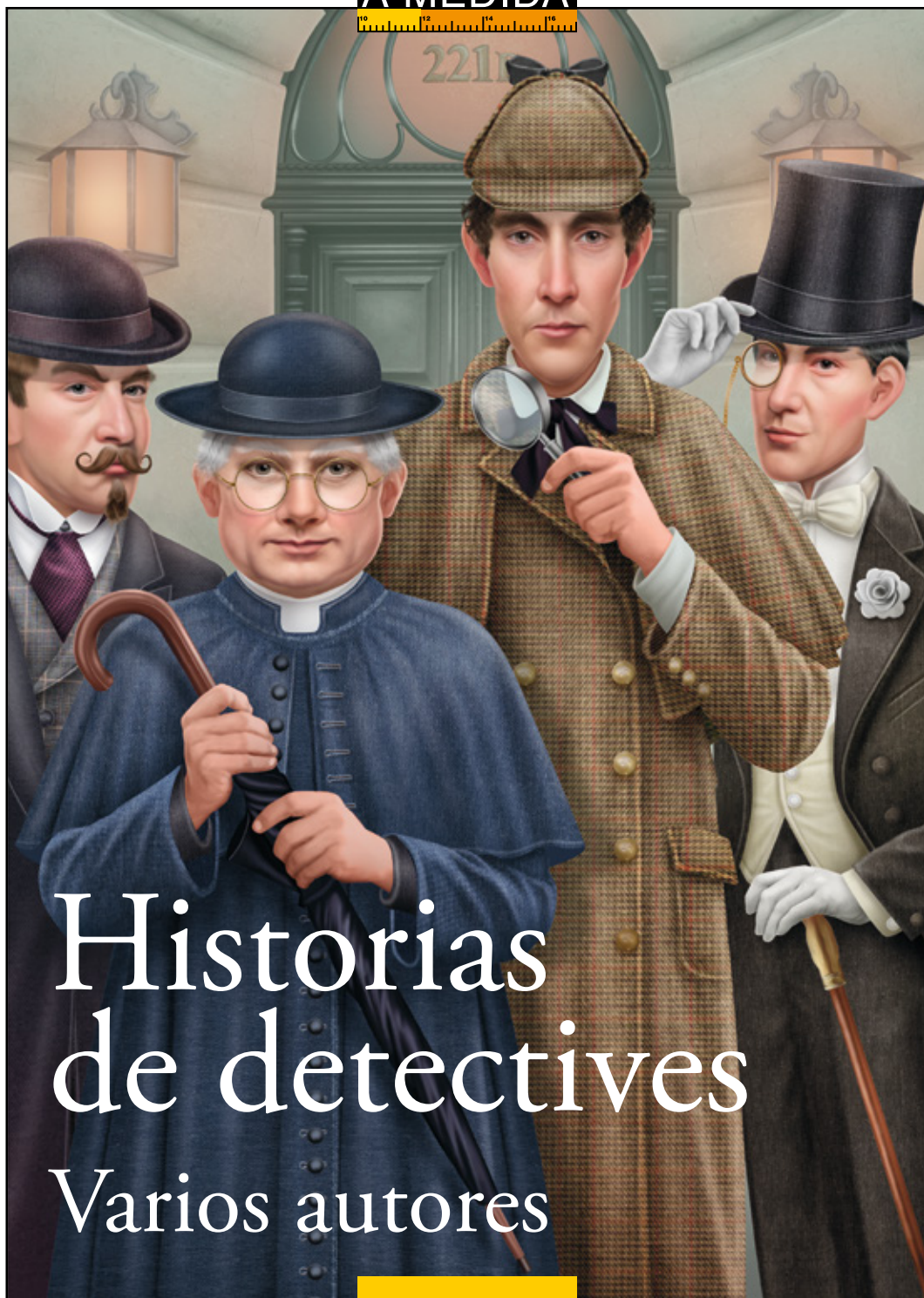


CLÁSICOS
A MEDIDA



Historias de detectives

Varios autores

ANAYA

CLÁSICOS
A MEDIDA



Historias de detectives

Varios autores

Adaptación de Miquel Pujadó

Ilustraciones de Óscar T. Pérez

ANAYA

Para la explotación en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas
y actividades que está a disposición del profesorado
en www.anayainfantilyjuvenil.com

© De la adaptación, introducción, apéndice
y notas: Miquel Pujadó, 2023

© De la ilustración: Óscar T. Pérez, 2023

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2023
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, febrero 2023



ISBN: 978-84-143-3448-5

Depósito legal: M-28776-2022

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Introducción	5
<i>Edgar Allan Poe (1809-1849)</i>	
Dos casos de Auguste Dupin	17
Los crímenes de la calle Morgue	19
La carta robada	45
<i>Sir Arthur Conan Doyle (1859-1930)</i>	
Dos casos de Sherlock Holmes	59
La banda de lunares	61
Silver Blaze	83
<i>Maurice Leblanc (1864-1941)</i>	
Una aventura de Arsène Lupin	109
El chal de seda roja	111
<i>G. K. Chesterton (1874-1936)</i>	
Dos casos del padre Brown	129
La cruz azul	131
El jardín secreto	145
Apéndice	165

Historias de detectives



EDGAR ALLAN POE (1809-1849)

Dos casos de Auguste Dupin

Los crímenes de la calle Morgue



Así como el hombre forzudo disfruta con los ejercicios que le permiten desarrollar sus músculos, el ser analítico se complace en la actividad intelectual, que consiste en desentrañar problemas. Le gustan los enigmas, las adivinanzas, los jeroglíficos, y al solucionarlos muestra un nivel de perspicacia que para una mente ordinaria puede parecer sobrenatural. La historia que sigue ilustrará lo que acabo de decir.

Cuando vivía en París, durante la primavera y parte del verano de 18.., conocí a Auguste Dupin, un joven de una buena familia venida a menos. Conservaba una pequeña parte del patrimonio familiar, y con la renta que obtenía se procuraba las necesidades básicas, prescindiendo de todo lo superfluo. Su único lujo eran los libros, y fue precisamente en una oscura biblioteca donde nos conocimos, ya que los dos buscábamos el mismo raro y notable volumen. Me sedujo su personalidad y su vasta cultura y decidimos que viviríamos juntos durante mi es-

tancia en París. Mis posibilidades económicas eran algo superiores a las suyas, así que alquilé y amueblé una mansión vieja y grotesca, abandonada a causa de supersticiones que nos negamos a indagar, situada en una parte desolada del *faubourg*¹ Saint Germain.

Vivíamos aislados y sin recibir visitas. Mi amigo estaba enamorado de la noche, y yo sucumbí a sus caprichos. Al llegar el alba, cerrábamos todos los postigos, encendíamos un par de velas que proyectaban rayos de luz tan débiles como fantasmales, y leíamos, escribíamos y conversábamos hasta la llegada de la auténtica oscuridad. Entonces salíamos a la calle y deambulábamos hasta altas horas, buscando en aquella ciudad populosa los excitantes intelectuales que la observación serena puede ofrecer. Pronto me di cuenta de la singular capacidad analítica de Dupin, ya que la ejercitaba, e incluso la exhibía, siempre que le era posible. Por ejemplo, una noche paseábamos en silencio por una calle larga y sucia, cerca del Palais Royal. De repente, Dupin dijo:

—En efecto, es un individuo muy bajo, y encajaría mejor en el *Théâtre des Variétés*.

—¿Cómo es posible que usted supiera que pensaba en...?
—comencé a decir, sorprendido.

—¿En Chantilly, verdad? Se decía usted que su cuerpo diminuto lo incapacita para la tragedia.

Chantilly era un zapatero de pequeña talla que, enamorado del teatro, había probado suerte interpretando el papel de Jerjes en la tragedia de Crébillon², esfuerzo que no le había reportado más que burlas.

¹ Un *faubourg* generalmente es un barrio incorporado a la ciudad tras su crecimiento.

² Prosper Jolyot de Crébillon (1674-1762) fue un dramaturgo francés.

—Por favor, explíqueme cómo lo ha hecho. Estoy más confundido de lo que puedo expresar.

—Ha sido a causa del frutero, el hombre que ha tropezado con usted hace unos diez minutos, al llegar a esta calle.

—Ah, sí, llevaba una cesta de manzanas en la cabeza y casi me hace caer. Pero ¿qué tiene que ver con...?

—Muy fácil: repasemos el curso de sus meditaciones hasta el encontronazo con el frutero. Los eslabones de la cadena son: Chantilly, Orión, doctor Nichols, Epicuro³, la estereotomía⁴, las piedras de la calle y el frutero. Veamos: hemos estado hablando de caballos. Cuando cruzábamos hacia esta calle, el frutero con la cesta en la cabeza lo ha lanzado a usted contra un montón de adoquines acumulados en un punto donde están reparando el pavimento. Ha tropezado con uno, se ha torcido un poco el tobillo, ha parecido enfadado, ha murmurado unas palabras, se ha girado para mirar los adoquines y ha continuado en silencio, mirando con expresión de disgusto los agujeros de la acera (así he visto que seguía pensando en las piedras), hasta llegar a un callejón llamado Lamartine, que han empedrado de manera experimental con bloques encajados. Aquí se le ha animado la expresión, y al mover los labios no he dudado de que pronunciaba la palabra *estereotomía*. No podía pensar en eso sin ir a parar a los átomos y a las teorías de Epicuro y, como hace unos días le expliqué de qué manera singular las teorías del griego habían sido confirmadas por la reciente cosmogonía de las nebulosas, he pensado que no podía usted evitar alzar la vista hacia la gran nebulosa de Orión, cosa que ha hecho. Ahora bien, en el *Musée* de ayer, el autor

³ Epicuro (341-271 o 270 a. C.) fue un filósofo griego defensor del hedonismo racional.

⁴ La estereotomía estudia el modo en que pueden tallarse y aprovecharse las rocas extraídas de la cantera para su colocación en obras de ingeniería y arquitectura.

satírico de un texto amargo sobre Chantilly citó un verso en latín que hemos comentado varias veces: *Perdidit antiquum litera prima sonum*⁵. Yo le había explicado que se refería a Orión, que antes se escribía *Urión*. Era probable que mezclase mentalmente a Orión y a Chantilly, como lo demuestra la sonrisa que le ha venido a los labios. Hasta entonces caminaba usted algo encogido, pero de repente se ha estirado, y he estado seguro de que estaba pensando en la figura diminuta del pobre zapatero. En este momento he interrumpido sus meditaciones para observar que, en efecto, un individuo tan bajo encajaría mejor en el *Théâtre des Variétés*.

Unos días después, leíamos la edición vespertina de la *Gazette des Tribunaux* cuando nos llamó la atención la siguiente noticia.

ASESINATOS EXTRAORDINARIOS. Esta madrugada, hacia las tres, los habitantes del barrio de Saint-Roch han sido despertados por unos gritos terribles que procedían al parecer del cuarto piso de una casa de la calle Morgue, donde vivían solamente Madame L'Españaye y su hija Camille L'Españaye. Después de forzar la puerta con una ganzúa, entraron en el edificio ocho o diez vecinos y dos gendarmes. Ya no se oían gritos, pero al subir por las escaleras se han podido oír dos voces o más que discutían violentamente y que procedían de la parte superior de la casa; pronto se ha hecho el silencio. Al llegar al segundo rellano, el grupo se ha disgregado y se ha procedido a entrar a las diversas habitaciones. Al entrar en una gran habitación posterior del cuarto piso (la puerta

⁵ Este verso latino pertenece a Ovidio y significa: «Perdió su antiguo sonido la letra primera». Aparece en los *Fastos*, el día 11 de mayo, día dedicado a Orión. Según la mitología griega, el gigante Orión era hijo de Poseidón y de Gea, y era tan grande que podía andar a través de los mares.

de la cual, cerrada con llave por dentro, ha debido ser forzada) se ha revelado un espectáculo horrible.

En la estancia reinaba un gran desorden, con los muebles rotos y esparcidos por doquier. El colchón de la única cama había sido lanzado al centro de la habitación. En una silla había una navaja de afeitar manchada de sangre. Sobre la chimenea, dos o tres mechones de pelo gris, también empapados de sangre, que parecían haber sido arrancados de raíz. En el suelo, un pendiente de topacio, tres cucharas de plata y dos bolsas que contenían unos cuatro mil francos en oro. Bajo el colchón, una caja de caudales abierta, que contenía unas cartas antiguas y otros papeles poco importantes. No se veía rastro de madame L'Esplanade, pero al detectarse una gran cantidad de hollín junto a la chimenea, se ha mirado dentro de esta y se ha extraído de su interior el cadáver de la hija, que había sido empujado hacia arriba por la estrecha abertura, y que aún estaba caliente. En la cara presentaba profundos arañazos y en el cuello, marcas de uñas, como si hubiese sido estrangulada hasta la muerte.

En un pequeño patio de la parte posterior del edificio, ha sido hallado más tarde el cuerpo de la anciana, tan degollado que, al intentar alzarlo, la cabeza se ha desprendido del cuerpo. Tanto el cuerpo como la cabeza estaban espantosamente mutilados. Creemos que hasta ahora no se ha encontrado ninguna pista que permita resolver este terrible misterio.

El diario del día siguiente ofrecía las declaraciones de algunos testigos:

Pauline Dubourg, lavandera, se ocupaba de la ropa de las dos difuntas. Según ella, la anciana y la joven se querían mucho y eran generosas. Cree que madame L. vivía de adivinar el porvenir. No tenían sirvientes.

Pierre Moreau, vendedor de tabaco, había vendido pequeñas cantidades de tabaco y de rapé⁶ a madame L. Siempre ha vivido en el barrio, y afirma que las difuntas hacía seis años que residían en la casa donde hallaron sus cuerpos. Antes la había ocupado un joyero que realquilaba las habitaciones superiores. Madame L. era la propietaria y, disgustada por el abuso del inquilino, se instaló allí, decidida a no ceder ninguna parte del edificio. Las dos mujeres llevaban una vida retirada. Se decía que tenían dinero y que madame L. decía la buenaventura, pero él no lo creía, ya que no había visto nunca a nadie entrar en la casa, excepto a un médico en algunas ocasiones.

Muchos otros vecinos han hecho declaraciones similares. No se ha indicado que ninguna otra persona frecuentase la casa, y se desconoce si las dos mujeres tenían parientes vivos. Los postigos de las ventanas delanteras estaban raramente abiertos y los de detrás estaban siempre cerrados, excepto el de la gran habitación posterior del cuarto piso.

Isidore Musèt, gendarme, declara que fue convocado a las tres de la mañana y que encontró a unas veinte o treinta personas en la entrada. Forzaron la puerta mientras oían los gritos, que cesaron de repente. El testigo cerró la puerta para evitar la curiosidad de la muchedumbre, abrió el paso escaleras arriba, y al llegar al primer rellano oyó dos voces que mantenían una discusión airada. La primera era una voz áspera; la segunda, aguda y extraña. Pudo distinguir algunas palabras (sacré y diable) de la primera, que era una voz masculina y de un francés. La voz aguda pertenecía a un extranjero, no sabe si hombre o mujer. Le pareció que hablaba en español. Su descripción del estado de la habitación concuerda con la realizada previamente.

⁶ Rapé: tabaco en polvo.

Henri Duval, vecino, platero de profesión, declara que formaba parte del primer grupo que entró en la casa. Corrobora en general el testimonio de Musèt, pero cree que la voz aguda era de un italiano o una italiana, aunque no está familiarizado con la lengua italiana. En todo caso, no era francés, y puede afirmar que la voz aguda no pertenecía a ninguna de las difuntas, ya que había conversado a menudo con ambas.

Odenheimer, restaurador. Este testigo, procedente de Ámsterdam, no habla francés y ha declarado mediante un intérprete. Pasaba por delante de la casa cuando se oyeron los gritos, prolongados y espantosos. Es de los que entraron en el edificio. Está seguro de que la voz aguda, más estridente que aguda, era de un hombre, de un francés. No distinguió las palabras, pronunciadas con tanto miedo como ira. La voz áspera decía repetidamente sacré, diable y, en una ocasión, Mon Dieu.

Jules Mignaud, banquero de la firma Mignaud et Fils, declara que madame L. disponía de una cierta cantidad de bienes. Había abierto una cuenta en su banco ocho años antes y hacía frecuentes depósitos de pequeñas sumas. Unos días antes de morir, sacó en persona 4000 francos que le fueron pagados en oro y llevados a su casa por un empleado.

Adolphe Le Bon, empleado de Mignaud et Fils, declara que el día en cuestión acompañó a madame L. a su residencia con dos bolsas que contenían los 4000 francos. Al abrirse la puerta, apareció mademoiselle L., que tomó una de las bolsas mientras que la anciana se hacía cargo de la otra. Las saludó y se fue. No vio a nadie en la calle, secundaria y poco transitada.

William Bird, sastre, declara que formaba parte del grupo que entró en la casa y subió las escaleras. Es inglés y vive en París hace dos años. Declara que la voz áspera era de un francés, ya que oyó palabras como sacré y Mon Dieu. Entonces oyó un ruido de lucha,

y la voz aguda se oía mucho más fuerte que la áspera. No era de un inglés, tal vez de un alemán, pero no entiende el alemán. Podía tratarse de una voz de mujer.

Cuatro de los testigos, al ser citados por segunda vez, declaran que la puerta de la habitación donde se encontró el cadáver de madame L. estaba cerrada por dentro. Había un silencio absoluto y al forzar la puerta no vieron a nadie. Las ventanas, tanto de la habitación posterior como de la anterior, estaban cerradas y aseguradas por dentro. Una puerta que comunicaba las dos habitaciones estaba cerrada, pero no con llave. La puerta que separaba la habitación anterior del pasillo estaba cerrada con llave por dentro. Una pequeña habitación en el cuarto piso, al inicio del pasillo, estaba abierta, y llena de camas viejas, cajas y otros objetos que fueron examinados atentamente. Ni un centímetro de la casa escapó a un registro minucioso. La casa tenía cuatro pisos con buhardillas. Una trampilla del techo estaba bien asegurada y parecía no haber sido abierta en años. Los testigos discrepan en lo que respecta al tiempo transcurrido entre la discusión escuchada y la apertura de la habitación. Unos dicen que tres minutos, otros, que unos cinco. Costó mucho abrir la puerta.

Alfonso Garzio, empresario de pompas fúnebres, originario de España, vive en la calle Morgue y declara que no subió por la escalera porque estaba muy nervioso, pero sí oyó las voces, la voz áspera era de un francés y la otra de un inglés. No entiende el inglés, pero lo afirma por la entonación.

Alberto Montani, confitero, declara que fue de los primeros en subir por la escalera. Según él, la voz áspera era de un francés que parecía reñir a alguien. No entendió las palabras de la voz aguda, que hablaba deprisa y de manera irregular. Opina que era de un ruso. Es italiano y nunca ha hablado con un nativo de Rusia.

Varios testigos convocados de nuevo han testificado que las chimeneas de todas las habitaciones del cuarto piso eran demasiado

estrechas para que pasase por ellas un ser humano. Fueron examinadas y no había nada ni nadie en su interior. No existe ningún pasadizo posterior por el que alguien pudiera huir mientras el grupo subía por las escaleras. El cuerpo de mademoiselle L. estaba tan fuertemente encajado en la chimenea que fue necesaria la fuerza de cuatro o cinco hombres para sacarlo.

Paul Dumas, médico, declara que fue requerido para examinar los cuerpos antes del alba. El cadáver de la joven estaba muy contusionado, cosa lógica al haber sido empujado chimenea arriba. Bajo la barbilla tenía marcas profundas, sin duda producidas por los dedos que la estrangularon. Los globos oculares parecían saltar de las órbitas y la lengua había sido parcialmente cortada. El cadáver de la madre estaba horriblemente mutilado. Todos los huesos de la pierna y el brazo derechos, así como las costillas, estaban destrozados, y todo el cuerpo estaba espantosamente contusionado. No se sabe cómo fueron producidas las heridas: tal vez con un bastón o una barra de hierro en manos de un hombre muy forzado. La cabeza de la difunta estaba separada del cuerpo y también destrozada. Había sido degollada con un instrumento muy afilado.

Nunca habían tenido lugar en París unos asesinatos tan misteriosos y desconcertantes. La policía no sabe cómo avanzar y no encuentra ni la más remota pista.

La edición vespertina del diario informaba que el señor Adolphe Le Bon había sido detenido, aunque nada parecía incriminarlo en los hechos.

Dupin se mostraba muy interesado por la evolución del caso, pero no hizo ningún comentario hasta enterarse de la detención de Le Bon. Entonces me preguntó qué pensaba de los asesinatos. Yo los consideraba un misterio insoluble y

no veía ningún medio que pudiera llevarnos al asesino. Él respondió:

—No debemos pensar en medios a partir de este examen superficial. La policía de París no es perspicaz, como se dice: es astuta y basta. No sigue ningún método, despliega todo un abanico de medidas, pero nunca adaptadas al objetivo. Cuando obtiene resultados es a base de diligencia y actividad. Vidocq⁷, por ejemplo, hacía buenas conjeturas, pero se equivocaba a menudo porque se ponía el objeto demasiado cerca; veía uno o dos puntos con suma claridad, pero perdía la visión de conjunto. La verdad no siempre está en el fondo de un pozo; el conocimiento más importante es superficial. Es como observar una estrella: se ve más claramente si la contemplamos de reojo que mirándola directamente. Por lo que atañe a los asesinatos, una vez Le Bon me hizo un favor por el cual le estoy agradecido. Así pues, vayamos a ver el lugar del crimen con nuestros propios ojos. Conozco al prefecto de policía, y nos dará el permiso necesario.

Con el permiso, nos dirigimos a la calle Morgue, un pasaje miserable donde llegamos ya avanzada la tarde. Delante de la casa, aún se congregaban curiosos. Antes de entrar, caminamos calle arriba, bajamos por un callejón y, girando de nuevo, observamos la parte posterior del edificio. Dupin lo analizaba todo minuciosamente. Fuimos después a la entrada del edificio, y los agentes de guardia nos dejaron pasar al mostrar nuestras credenciales. Subimos hasta la habitación donde habían encontrado a *mademoiselle* L'Esplanaye y donde continuaban las dos difuntas, entre el mismo desorden que habían hallado.

⁷ Eugène-François Vidocq (1775-1857) fue un antiguo delincuente que acabó siendo el primer director de la Sûreté Nationale (ver nota número 4 de la página 117) y uno de los primeros investigadores privados.





Selección de siete narraciones de cuatro autores fundacionales del género de detectives: Edgar Allan Poe, Arthur Conan Doyle, Maurice Leblanc y Gilbert Keith Chesterton, creadores respectivamente de Auguste Dupin, Sherlock Holmes, Arsène Lupin y el padre Brown.

Unos protagonistas observadores, perspicaces, agudos y muy astutos, en los que se inspiran todos los detectives posteriores que triunfan tanto en literatura como en cine o televisión.

